

Aquella tarde, la elocuencia de Gorgias tuvo para sus ~~XXXX~~ discípulos la siguiente expresión:

¡Lucio, todos, oíd una anécdota de mi niñez. Cuando yo era niño, mi madre se complacía tanto en mi bondad, en mi hermosura, y sobre todo en el amor con que yo pagaba su amor, que no podía pensar, sin honda pena, en que mi niñez y toda aquella dicha pasaran. Mil y mil veces la oía repetir: ¡cuanto diera yo porque nunca dejases de ser niño! Se anticipaba a llorar la pérdida de mi dulce felicidad, de mi bondad candorosa, de aquella belleza como de flor o de pájaro, de aquel amor único, merced al cual sólo ella existía en la tierra para mí. No se resignaba a la idea de la obra ineluctable del tiempo, bárbaro numen que pondría la mano sobre tan ~~frágil~~ y divino bien, y desharía la forma delicada y graciosa, y amargaría el sabor de la vida, y traería la culpa allí donde estaba la inocencia sin mácula. Menos aún se avenía con la imagen de una mujer futura, pero cierta, que acaso había de darme penas del alma en pago de amor. Y tornaba al pertinaz deseo: ¡Cuanto daría ~~XXXX~~ porque nunca, nunca, dejases de ser niño.

Cierta ocasión, oyó una mujer de Tesalia, que pretendía entender de ensalmos y hechizos, y le indicó un medio de lograr anhelo tan irrealizable dentro de los comunes términos de la naturaleza. Diciendo cierta fórmula mágica, había de poner sobre mi corazón, todos los días, el corazón de una paloma, tibio y mal desangrado aún, que sería esponja con que se borraría cada huella del tiempo: y en mi frente pondría la flor del íride silvestre, oprimiéndola hasta que soltase del todo su humedad, con lo que se mantendría mi pensamiento limpio y puro. Dueña del precioso secreto, volvió mi madre con determinación de ponerlo al punto por obra. Y aquella noche tuvo un sueño. Soñó que procedía tal como le había sido prescrito, que transcurrían muchos años, que mi niñez permanecía en un sér; y que favorecida ella misma con el dón de alcanzar una ancianidad extrema, se extasiaba en la contemplación de mi ventura inalterable, de mi belleza intacta, de mi pureza impoluta. Luego, en su sueño, llegó un día en que ya no halló para traer a casa, ni una flor de íride ni un corazón de paloma. Y al despertarse y acudir a mí, la mañana siguiente, ~~XXXXXX~~ vio en lugar mío, un hombre viejo ya, adusto y abatido; todo en él revelaba un ansia insaciable; nada había de noble ni grande en su apariencia, y en su mirada vibraban relámpagos de desespe-

3A
2
Rosa María Robada

ración y de odio. ¡Mujer malvada,--le oyó clamar, dirigiéndose a ella con airado gesto,--me has robado la vida, por egoísmo feroz, dándome en cambio una felicidad indigna, que es la máscara con que disfrazas a tus propios ojos tu crimen ^{espantoso} ~~escondido~~...Has convertido en vil - juguete mi alma. Me has sacrificado a un necio antojo. Me has privado de la acción, que ennoblece; del pensamiento que ilumina; del amor, que fecunda ...¡Vuélveme lo que me has quitado! Mas ya no es hora de que me lo vuelvas, porque este mismo día es el día ^{en} que la ley natural prefijó el término de mi vida, que tú has disipado en una miserable ficción, y ahora voy a morir sin tiempo más que para abominarte y maldecirte.

Aquí terminó el sueño de mi madre. Ella, desde que le tuvo, dejó de deplorar la fugacidad de mi niñez.

- - - -